

La inocencia absoluta

La hermana de Katia

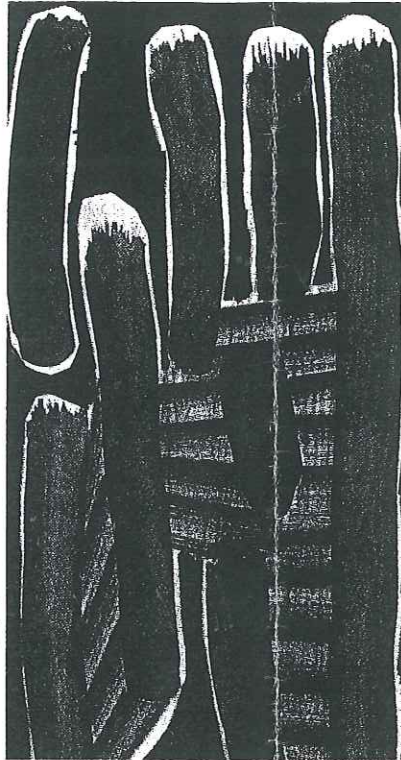
ANDRÉS BARBA

Finalista XIX Premio Herralde de Novela
Anagrama. Barcelona, 2001
184 páginas, 1.950 pesetas

La *hermana de Katia* es la primera novela de Andrés Barba (Madrid, 1975), si exceptuamos la novela corta con la que consiguió el Premio Ramón J. Sender en 1997, titulada *El hueso que más duele* (Universidad Complutense, Madrid, 1998), donde ya daba muestras de su buen hacer narrativo, sobre todo en lo que se refiere a la construcción de los personajes, que es, como enseguida veremos, el rasgo más destacado y sorprendente del texto con el que ahora ha quedado finalista del XIX Premio Herralde de Novela.

Adolescente de catorce años

La hermana de Katia está narrada en tercera persona, pero siempre a través de los ojos y de la mirada de la protagonista, una adolescente de catorce años que vive con su madre y con su hermana en un pequeño piso de Madrid. Ella es el centro y el eje en torno al cual giran toda la historia y el resto de los personajes. Sabemos, en todo momento, cuáles son sus deseos, sus miedos, sus sensaciones y sus pensamientos más íntimos, cómo vive las cosas que le suceden y qué es lo que



J. Pagola

siente. Y, sin embargo, parece como si no existiera, como si no tuviera identidad. De hecho, ni siquiera sabremos su nombre. Ella es tan sólo eso, la hermana de Katia. «Yo soy católico. ¿Tú qué eres?», le pregunta uno de esos jóvenes norteamericanos que hacen pro-

selitismo por las calles con la vana pretensión de redimir almas descarriadas. «Yo soy la hermana de Katia», le responde ella con absoluta candidez, y en esa respuesta se encierra todo un mundo, una actitud y una manera de ser o de no ser.

Dolorosamente feliz

Y es que la hermana de Katia, si algo es, es la inocencia en estado puro, la inocencia absoluta, anterior a toda idea de Dios o de religión y ajena a cualquier concepto de maldad. Es cierto que le ha tocado en suerte una familia completamente desintegrada –sin padre conocido, con una abuela que pierde la memoria, una madre prostituta y una hermana bailarina de *striptease*–, y que se pasa el día sola, huérfana de calor y de cariño y sin ningún horizonte o perspectiva de futuro. Pero ella es feliz –«dolorosamente feliz»– con el mero hecho de que la escuchen o la acaricien o la abracen o de ver pasar extranjeros por la Plaza Mayor o de tomarse un zumo de tomate con alguien. Su bondad es, por otra parte, instintiva y espontánea, casi fisiológica, más allá o más acá de toda conciencia moral. Y su ingenuidad, como hemos visto, resulta demoledora.

La novela, por lo demás, está narrada con pasmosa seguridad, sobrevolando, con sabiduría y con gracia, los numerosos riesgos y peligros que entrañaba la creación de un mundo y un

personaje de esta naturaleza. Y, por último, hay que destacar los diálogos, en ocasiones tensos, duros y descarnados, pero también llenos de lirismo, sorpresa y humor, y esa tremenda capacidad para captar y expresar, de forma plástica y concreta, un mundo interior en el que todo es elemental y sencillo y al mismo tiempo, muy complejo, lleno de sensaciones contradictorias y de los más sutiles matices.

Andrés Barba ha escrito, pues, una parábola moderna y dolorosamente optimista sobre la bondad en medio de la

Hay que destacar los diálogos, tensos pero también llenos de lirismo.

soledad, la orfandad y la falta de afecto, un canto a la belleza del mundo –hay mañanas o tardes, sí, en las que el mundo está bien hecho– y una alabanza a la inocencia redentora del cuerpo y a la desnudez del alma. Pero, por encima de todo, nos ha regalado un personaje memorable, subversivo y ejemplar, uno de esos personajes que nos reconcilian con la vida y con los otros y nos devuelven, de paso, la confianza en la literatura.

Luis García Jambrina